

LOS HISTORIADORES CHILENOS Y LA HISTORIA CONTEMPORANEA UN SEGUNDO ENFOQUE

Versión actualizada de la ponencia presentada a las VI Jornadas de Historia de Chile (1983).

Este trabajo forma parte del marco de referencia del proyecto FONDECYT 89/200, sobre la Reforma Universitaria de 1967.

Augusto Salinas es Licenciado en Historia en la Universidad Católica de Chile y M.A. y

Ph.D.(c) en Historia de la Ciencia en la Universidad de Wisconsin; Ha sido profesor en la Universidad Católica de Chile, en el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y en la Universidad Austral de Chile.

Profesor Visitante en las universidades de Wisconsin y Georgetown e investigador invitado del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España. Actualmente se desempeña como profesor investigador de la Universidad Finis Terrae.



Augusto Salinas

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL de 1970 en Chile se caracterizó por la polémica sobre el papel que desempeñarían los partidos marxista - leninistas chilenos y ciertos países de la órbita socialista en un eventual gobierno de transición al socialismo. Si bien existía una impresión mayoritaria de que el comunismo y el socialismo criollos se habían adaptado regularmente bien a la tradición democrática chilena, un importante sector social recordaba la conducta subversiva del Partido Comunista durante el gobierno de Gabriel González Videla, así como otros hechos que, en los inicios de la Guerra Fría, llevaron a nuestro país a alinearse al lado de las potencias occidentales. A raíz de tales problemas, los comunistas chilenos habían quedado al margen de la legalidad entre 1948 y las elecciones presidenciales de 1958.

Un significativo porcentaje de los 3.539.757 ciudadanos que podrían sufragar en las elecciones del 4 de septiembre de 1970 estaba constituido por jóvenes que habían nacido con posterioridad a 1946, cuando fuera electo como Presidente de la República González Videla con apoyo de los comunistas. Estos jóvenes poco o nada sabían de ese período, cuya enseñanza no se incluía en los programas educacionales. En consecuencia, cientos de miles de chilenos ejercieron su derecho a voto más motivados por las ideologías dominantes que por el conocimiento y la correcta comprensión de los acontecimientos que debieron haber juzgado en conciencia. La ignorancia de la historia reciente jugó, por lo tanto, un papel preponderante en las resultados de una elección que, como sabemos, fue crítica para la suerte de nuestra democracia.

Los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 1973 queda-

ron atrás; con ellos, expiró una etapa de nuestra historia, siendo sucedida por un régimen de renovación institucional, cuyas profundas transformaciones en el campo político y económico han afectado de una u otra manera las vidas de todos los chilenos. El 14 de diciembre de 1989, más de siete y medio millones de compatriotas fueron llamados a las urnas para elegir, después de diez y nueve años, un Presidente de la República, poniendo fin de esta manera al régimen de las Fuerzas Armadas, que entregaron el poder supremo a sus sucesores con pleno apego al orden constitucional vigente. Sin embargo, al igual que en 1970, seguía latente el grave problema de la falta de información adecuada y objetiva sobre nuestro pasado inmediato, la que debiera haber incluido una discusión desapasionada y profunda sobre los hechos que motivaron la crisis de 1970 - 1973, y de los motivos e ideas que llevaron a las Fuerzas Armadas a intervenir en la vida política de la nación, y que, por lo demás, inspiraron las decisiones y las políticas que nos están permitiendo incorporarnos al grupo de países desarrollados. De nuevo, las elecciones presidenciales de 1989 sorprendieron a las generaciones más jóvenes sin tener acceso ni al aprendizaje sistemático de nuestra historia contemporánea, ni menos a trabajos históricos sobre el período, salvo poquísimas y honrosas excepciones. Una vez más, ni la investigación histórica ni la docencia (ni siquiera la universitaria) dieron respuesta a las legítimas exigencias de los grupos más jóvenes, que requerían conocer sobre los hechos del pasado reciente para votar acertadamente. Y una vez más, las ideologías, las sofisticadas campañas de propaganda y la elocuencia de viejo cuño abrumaron con slogans y utopías la

conciencia del sector más joven.

Un conocido medio de comunicación, preocupado por esta carencia de información, trató de comprobar los conocimientos sobre historia contemporánea de Chile que poseían los alumnos del último año de la enseñanza media. El resultado fue penoso. El director de uno de los establecimientos encuestados expresó que "los chiquillos no tienen la más 'pájara' idea de la historia política de Chile en las últimas tres décadas". Y la autora del reportaje señalaba que muchos de esos "chiquillos" eran parte de los 1.169.693 ciudadanos que votarían por primera vez en el plebiscito del 5 de octubre de 1988. (1)

Han pasado algunos años, y el régimen democrático ha dado ineludiblemente lugar a una a veces tensa y áspera polémica sobre los sucesos acaecidos entre 1970 y 1990. A mi juicio, cuatro son los principales temas de discusión. En primer término, deben conocerse mejor las causas que condujeron al quiebre de la democracia y que son, sin duda, anteriores a la caída de Allende. En segundo lugar, se estima que la reconciliación nacional pasa por conocer el destino de las víctimas y la identificación de los responsables de los atropellos a los derechos humanos; la investigación de una comisión oficial sobre esta materia no satisface a todos los sectores, porque muchos afirman que los atropellos a los derechos de las personas comenzaron con la ascensión al poder de la Unidad Popular y, en consecuencia, debiera ampliarse la investigación a ese período. En tercer lugar, grandes sectores sociales son aún contrarios a conceder plena credibilidad al socialismo renovado, por lo que resulta necesario conocer y ahondar todavía más en las razones que los socialistas - o al menos, buena parte de ellos - tendrían para haber aceptado no tan sólo la democracia sino que también la economía de mercado. Por último, se debería estudiar cuidadosamente el entorno político, económico y cultural en que se originó la nueva política económica neoliberal, como también a los protagonistas de ese trascendental cambio y su impacto en la modernización del país como un todo. Los historiadores tienen, en consecuencia, un vasto y fértil campo de investigación y análisis, pero generalmente han sido los políticos, los científicos sociales y los periodistas quienes han intentado contestar, con mayor o menor éxito pero casi siempre con escasa objetividad, estas interrogantes.

La historia contemporánea - que identifico en este trabajo con la historia escrita por historiadores que han vivido en el tiempo en que han ocurrido los hechos de que se ocupan, y que algunos especialistas definen como *historia testimonial* - fue aceptada después de la Segunda Guerra Mundial como "un campo inteligible de estudio histórico" (según la definición de Arnold Toynbee) por los historiadores profesionales y por la opinión pública de los Estados Unidos y los países europeos. También es una asignatura reconocida, con escasas excepciones, en las universidades del Hemisferio Norte. No obstante, y a pesar del éxito que ha tenido esta especialidad en las sociedades post-industriales, no parece que entre nosotros se hubiera producido un reconocimiento claro y explícito de este tipo de historia como área legítima del saber. Ya no hay, es cierto, un rechazo tan categórico a la historia contemporánea como el que existió hasta mediados de la década de los 80, e

incluso se han publicado excelentes monografías sobre nuestro pasado inmediato, pero todavía distamos mucho de institucionalizar su enseñanza en los ámbitos académicos. Persiste la costumbre de reservar las opiniones sobre hechos recientes a la práctica del periodismo, de las ciencias sociales o de la política, e incluso nuestros historiadores más jóvenes y más radicales se muestran renuentes a escribir sobre las últimas y trascendentales décadas de nuestra historia. En definitiva, la historia contemporánea no concede el prestigio profesional y académico que confiere la investigación del pasado más remoto ...

Existen, sin duda, razones para explicar esta actitud. La historia contemporánea o testimonial sigue enfrentando críticas, no sólo en Chile sino en las sociedades donde ha alcanzado cierto status. Filósofos, intelectuales e historiadores profesionales han puesto en duda la factibilidad de escribir una historia de los hechos recientes, con argumentos que apuntan, primordialmente, a la imposibilidad de obtener fuentes confiables que nos permitan conocer el pasado reciente y a la incapacidad del historiador para interpretar objetiva y profesionalmente los hechos que él mismo ha vivido. Sobre todo, se subraya la ausencia de perspectiva para una correcta evaluación de estos hechos. El escaso tiempo que separa al historiador del período que estudia no le permitiría apreciar el orden, la estructura organizada e inteligible que creemos ser capaces de discernir en épocas más lejanas. Por último, el cambio casi permanente que caracteriza nuestra época, como también su aparente discontinuidad con respecto al pasado, imposibilitan al historiador escribir con propiedad sobre su propio tiempo. Hay quienes estiman que el análisis de los hechos y procesos contemporáneos debiera reservarse a los economistas, sociólogos y científicos políticos, los que disponen de instrumentos conceptuales y metodologías más aptas y eficaces para enfrentarse al problema.

A pesar de estas razones, se han levantado sólidos argumentos para refutar a los críticos de la historiografía contemporánea. Los más pragmáticos subrayan dos razones que bastarían, a su juicio, para comprobar la factibilidad de esta área del saber histórico. Se ha señalado que toda sociedad democrática tiene necesidad de conocer las causas inmediatas de los grandes desafíos y problemas del presente, lo que justificaría el análisis histórico de estas causas. En segundo lugar, se destaca la buena acogida que suele dispensar el público a las obras históricas que tratan de nuestro tiempo.

Desde luego, una actividad intelectual que aspira al reconocimiento académico debe hacer valer razones más fundamentales que la necesidad o el éxito. Tales razones existen, nacen en los círculos académicos norteamericanos y europeos al calor de la inevitable discusión que se produce al término de la II Guerra Mundial sobre las causas de la misma, y se basan primariamente en la introducción de nuevos enfoques y métodos, en la crítica y selección de las fuentes y en la interpretación de la información resultante.

Actualmente, la aceptación de estos argumentos por parte de nuestros historiadores parece más factible, pero también mucho más necesaria que hace unos años atrás. Además, este proceso de apertura de los espacios académicos está siendo motivado por las actuales circunstancias, y posibilitado e

incentivado por las exigencias de los usuarios de este tipo de conocimiento - estudiantes, políticos y opinión pública - y por el mecenazgo de organismos internacionales y fundaciones privadas.

En marzo de 1992, la Universidad Finis Terrae creó el Instituto de Documentación y Estudios Sociales (IDES) a cargo de Alvaro Bardón y otros destacados economistas y del autor de este trabajo, como parte de un esfuerzo para el estudio sistemático de la historia contemporánea de Chile. El instituto está formando un importante centro de documentación y banco de datos sobre la historia nacional a partir de 1925, con particular énfasis en la búsqueda de información sobre las últimas tres décadas de nuestro acontecer histórico, enfocando primordialmente - aunque no únicamente - los hechos, procesos y políticas económicas que caracterizan el período. Se ha definido una primera e importante línea de investigación, sobre las ideas, los hombres y los hechos que posibilitaron la formulación de una política económica de mercado abierta y competitiva, incorporándose técnicas no tradicionales de investigación, como el uso del video y las entrevistas a testigos y protagonistas del espectacular vuelco que experimentara la economía chilena y la vida misma de la nación, entre 1975 y 1990.

Por esta razón, y por la conveniencia de facilitar la plena institucionalización de la historia contemporánea en nuestros campus universitarios y en los programas oficiales de educación media, me he propuesto revisar y enjuiciar los pros y los contras de esta especialidad. Desde luego, me declaro a favor de la historia contemporánea y pienso que su aceptación o rechazo por parte de los historiadores nacionales debe traer consecuencias para el futuro del cultivo de la historia en Chile. No sólo está en juego la imagen del historiador y su capacidad para adaptarse a las exigencias de su propio tiempo, sino la permanencia de delicados equilibrios que afectan el proceso de profesionalización de esta disciplina. Por sobre todo, creo que la historia contemporánea posee valores intrínsecos, básicos para la supervivencia de la democracia y de la civilización occidental. Si durante la Edad Media la historia fue considerada "la educación de los príncipes", actualmente la historia contemporánea resulta ser "la educación de los ciudadanos".

CRITICAS A LA HISTORIA CONTEMPORANEA

La primera crítica que los historiadores ortodoxos formulan a todo intento de historiar el pasado reciente es la falta de información confiable, fidedigna, que existe sobre los hechos que nos están sucediendo. Las circunstancias que rodean la política externa e interna de los Estados aconsejan cautela y reserva en lo que se refiere a documentos y archivos públicos. Los papeles más importantes, la información confidencial clave para una satisfactoria comprensión de los asuntos de Estado, no suelen publicarse sino mucho tiempo después de los acontecimientos de que trata. En general, se estima que la verdad histórica es hija del tiempo transcurrido. La antigua proposición *veritas temporis filia* nos asegura que, mientras mayor sea el lapso de tiempo que separa al historiador de los hechos que narra, más cercana a la verdad estará su obra. En otras palabras, podría decirse que el consenso histórico sobre un determinado asunto es función directa del tiempo transcu-

rrido. Según parece, esta obra también estaría más cercana a la perfección. Sir Herbert Butterfield escribió alguna vez que

Si consideramos la evolución de las historias que se han escrito sobre los mismos hechos, encontraremos que los escritos contemporáneos a los mismos son de naturaleza simple y primitiva. A medida que una generación de historiadores sucede a la anterior, la narración consigue formas cada vez más perfectas y sofisticadas de organización. (2)

Razón de este camino a la perfección sería el acopio de datos y evidencias, cribados por el tiempo y la crítica histórica, de que disponen las generaciones posteriores. Por otra parte, la circulación restringida de algunos documentos y las disposiciones legales que afectan la publicación de informes sobre la política exterior de los estados, representan una desventaja indudable para el historiador contemporáneo. Más aún, también acontece que los papeles y notas personales, y las memorias de los grandes protagonistas de la historia usualmente ven la luz cuando sus autores han muerto o desaparecido de la escena política. En consecuencia, la información allí contenida ha perdido gran parte de su trascendencia.

Pero ésta no es la única desventaja. De acuerdo a la ortodoxia, el historiador de los hechos contemporáneos encontrará un obstáculo prácticamente insalvable en la interpretación de los hechos de que se ocupa, principalmente por dos razones de peso: La falta de perspectiva y el hecho de estar directamente relacionado con los acontecimientos de su tiempo. Este compromiso vital afectará, sin duda, su visión histórica, con grave pérdida de su objetividad.

El historiador, incansable perseguidor de la organización de los hechos del pasado, se esfuerza en percibir patrones ordenados de comportamiento y procesos lógicos, en los que cada hecho obedece a una causa bien determinada. En esto, también el historiador tradicional poseería indudables ventajas. Su separación temporal de los hechos que estudia le proporciona la perspectiva necesaria para discernir claramente los patrones buscados y la serenidad que precisa para emitir juicios históricos libres de compromisos ideológicos, emociones o intereses. Para Butterfield, la primera versión histórica de los hechos, tal como éstos aparecen ante testigos y protagonistas, "es a menudo una versión entendida para ser utilizada con propósitos militantes" (3). Por lo tanto, el historiador contemporáneo debería entender que su obra será efímera, sometida a la implacable crítica del tiempo y de las generaciones posteriores.

Pero aún existe otra gravísima objeción, que atañe particularmente a la historia contemporánea que hoy se está escribiendo. Este intento es visto por muchos historiadores como un peligroso quiebre en la evolución de la disciplina, consagrada a cautelar y vigorizar el *continuum* que configura la historia de Occidente. La época actual irrumpe en la vida de la humanidad con características propias. El proceso de cambios asume la forma de una curva exponencial que se autoacelera en función del tiempo. Cada vez con mayor rapidez, el pasado, no importa cuán inmediato sea, se convierte en prehistoria. Ricardo Krebs señala este hecho insoslayable al expresar que "la ahistoricidad de la sociedad actual, o sea, la carencia de raíces históricas, es una característica esencial del moderno



El Muro de Berlín: Un pasado que ya es historia...

mundo industrial ..." (4).

Un hecho esencial de nuestra época es la **simbiosis científico - tecnológica**, cuyo *momentum* acumulativo explica el crecimiento logarítmico de una serie mayoritaria de procesos y que es causa de que la tasa de cambio social haya alcanzado niveles increíbles hace 25 años. La explosión demográfica ha sido señalada como uno de los fenómenos más espectaculares de nuestra Era Tecnocrónica, pero resulta todavía más decisivo considerar el rápido acortamiento del tiempo que media entre un descubrimiento científico y sus aplicaciones prácticas. En menos de una generación hemos transitado de la válvula diódica a los transistores y circuitos impresos, creándose así una alta tecnología que configura una tercera Revolución Industrial.

Hay un segundo hecho que caracteriza nuestra época, y es la creciente interacción e interdependencia entre Estados, grupos sociales e individuos, lo que significa que cualquier acontecimiento de cierta importancia que ocurra en algún lugar del mundo, repercutirá en otros puntos en un tiempo cada vez más breve. Esta interacción no conlleva, sin embargo, una mayor unidad entre los hombres. Antes bien, el hombre contemporáneo soporta uno de los más altos niveles de inseguridad individual y colectiva de toda la historia de la humanidad.

La ciencia y el arte contemporáneos han logrado cambiar la imagen del mundo en forma mucho más drástica de la que experimentó el hombre del Renacimiento con respecto a la Baja Edad Media. La exploración espacial y la conciencia de hechos que nos afectan como seres humanos han contribuido a que poseamos un nuevo concepto del tiempo y del espacio. Entre estos hechos destacan el descubrimiento del código genético, la certeza de la gran antigüedad del universo, comparada con las convicciones que poseía el hombre del siglo XVIII sobre la materia, la elevación dramática del promedio de expectativa de vida, que ya se empina en ciertos países sobre los 80 años, la prodigiosa rapidez y exactitud con que podemos comunicarnos e intercambiar mensajes sin importar la distancia que nos separa, y la conciencia de que somos el resultado de una evolución biológica y cultural que nos distingue de cualquiera otra especie animal. En particular, la

curva de la evolución cultural nos permite comprender que, para encontrarse con el pasado, esto es, para visualizar una situación histórica radicalmente diferente a la suya, Maquiavelo o cualquier hombre del Renacimiento debían remontarse unos 1000 años hacia atrás. Para nuestra generación, el pasado es sólo ayer.

La última crítica es de naturaleza sociológica, porque atañe al status del historiador profesional y a su independencia con respecto a otras áreas del conocimiento. En gran parte, el proceso de profesionalización emprendido por los historiadores en la segunda mitad del siglo XIX se centró en el logro de métodos críticos capaces de salvaguardar la objetividad del historiador, y en la obtención de la independencia y la autonomía del gremio frente a otras profesiones y disciplinas, en particular, las ciencias sociales. Esto era necesario, porque los científicos sociales reprochaban a los historiadores su rechazo a identificar regularidades y leyes de la historia, y sugerían que la historia, como disciplina, debería establecer algunos principios generales, si aspiraba a cumplir el programa de cualquier ciencia bien fundamentada. La comunidad histórica estimó que la demanda por una interpretación más sistemática del pasado se parecía mucho a una peligrosa reversión a las desacreditadas tesis positivistas. La historia, en cambio, debía tratar cada fenómeno como algo único, individual y concreto. En consecuencia, al adherir a su lógica individualizadora, la historia era capaz de aproximarse más a la realidad. (5)

De acuerdo a los científicos sociales, la mayor desventaja de la historia no radicaba tan sólo en su incapacidad para hacer generalizaciones sobre el pasado, sino en su escaso interés por el presente. John Dewey expresó de modo bastante crudo esta opinión, al referirse a la idea que otorgaba al siglo XIX el descubrimiento de la historia: para Dewey, lo que realmente había descubierto el siglo XIX era la *historia del pasado*, a diferencia del tiempo presente, que se caracterizaba por su preocupación por el futuro. "Probablemente, continuaba Dewey, la tarea de nuestro propio siglo sea descubrir la historia del futuro ..." (6).

En 1948, el historiador Roy Nichols exigió de los historiadores una expresa declaración de confianza en su propio trabajo, y de independencia cultural frente a las ciencias sociales. En particular, Nichols se dirigía a los "historiadores nuevos", un grupo heterodoxo que había proclamado la mayor importancia del presente con respecto al pasado. Nichols pensaba que quienes subordinaban el pasado al presente, no vacilarían en subordinar su propia disciplina a las ciencias sociales. (7) No estaba demasiado equivocado, porque si bien los "historiadores nuevos" no pretendían atentar contra la autonomía e independencia de la historia, sí hacían profusa utilización de los métodos y técnicas de las ciencias sociales, instrumentos que ellos estimaban auxiliares indispensables en el análisis de la época contemporánea.

¿ES FACTIBLE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA?

Las críticas a la historia contemporánea parecen razonables, y algunas de ellas no admiten réplica. ¿Cómo pretender que el historiador de su época posea la misma perspectiva que

quien se preocupa por el período colonial? Y, ¿no resulta indudable la relación emocional de aquel historiador con su propia circunstancia? No obstante, los defensores de la historia contemporánea creen esgrimir sólidos argumentos en defensa de la validez de su quehacer intelectual.

En primer término, la práctica de estudiar históricamente la propia época no ha sido creada en nuestro tiempo. En la Antigüedad clásica, nos encontramos con Tucídides, Jenofonte, Julio Cesar y Flavio Josefo, que nos han legado soberbias páginas henchidas de vida y plenas de espontaneidad, que han resultado ser fuentes imprescindibles para el conocimiento de su época. Durante el Renacimiento, Maquiavelo y Guicciardini escribieron la historia de Florencia a principios del siglo XVI, y sólo un siglo más tarde el testimonio del conde de Clarendon contribuye como pocos a la comprensión de la Revolución Puritana en Inglaterra ... Todos los personajes nombrados participaron en los eventos que narran, pero no existen prejuicios contra sus obras ni se pone en duda su objetividad o su carencia de perspectiva. Sus escritos históricos poseen pleno sentido para su público y para la posteridad.

La práctica de la historia contemporánea es desplazada en el siglo XIX por una historia más técnica, más científica, que pretende estudiar la historia de la humanidad y presentarla como un *continuum*. Es la práctica metódica y disciplinada de este tipo de historia la que permite la institucionalización de esta disciplina en las universidades europeas y norteamericanas y da paso a la profesionalización de los historiadores.

Probablemente fue la Gran Depresión el hecho que obligó a muchos historiadores a preocuparse más del presente que del pasado. Frederick L. Allen fue, sin lugar a dudas, el primer historiador de ese suceso, al escribir en 1931 su obra *Only Yesterday*, que trata con novedoso y agradable estilo, apto para el gran público, el fin de la década de los 30 y los efectos del "Crac del 29". Con todo, hubo que esperar hasta el término de la II Guerra Mundial para que se discutiera abiertamente la conveniencia de escribir y enseñar historia contemporánea. Arthur Schlesinger percibe bien este punto de inflexión al expresar que

Hasta los días inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial un historiador profesional que intentara introducir en sus clases temas de su propio tiempo era definido como superficial y ahistórico; un historiador profesional que escribiera sobre hechos contemporáneos era considerado un periodista; un historiador profesional que participara en los hechos y luego escribiera sobre ellos era una rareza. La mayoría de los académicos todavía estimaba que se requería el paso de toda una generación antes que los procesos vigentes se fundieran en la historia. Hoy, sin embargo, pocas universidades norteamericanas vacilarían ante la oportunidad de ofrecer cursos de historia que cubrieran el período comprendido entre la Segunda Guerra Mundial y nuestros días. (8)

En consecuencia, la historia contemporánea ha sido reconocida como parcela legítima del quehacer histórico por la casi totalidad de las universidades europeas y norteamericanas. Los centros académicos franceses continúan siendo una excepción, pero aún allí el número de investigaciones sobre la Europa post Revolución Francesa es mucho mayor que los

trabajos sobre historia antigua o medieval.

La historia de nuestro tiempo ha ido desplazando otras áreas tradicionales de investigación histórica. Desde 1945 en adelante, la tendencia de los historiadores profesionales a escribir la historia del siglo XX sólo es igualada por su interés en la historia social y económica y por la historia de los pueblos de civilizaciones diferentes a la occidental.

De acuerdo a Felix Gilbert, ha ocurrido un cambio profundo en nuestro concepto de la historia:

El proceso histórico ya no es visto como un *continuum*. La noción de la continuidad de la historia estaba centrada en Europa; tal noción fue la idea de un proceso de desarrollo que comenzó en el mundo antiguo y el área del Mediterráneo, se difundió en toda Europa creando un sinnúmero de naciones que compartían un legado común, y continuó con la dominación del resto del mundo por los Estados europeos. Debido a la gran coherencia que parecía tener esta noción de la historia centrada en Europa, no cabía ninguna duda sobre la relevancia del pasado para la comprensión del presente. La declinación del poder de Europa y el surgimiento de otras culturas, tanto o más importantes que la europea, han sacudido esta creencia. La experiencia de nuestro tiempo ha reforzado estas dudas. Los descubrimientos científicos del siglo XX y los consiguientes cambios en nuestras vidas y en el entorno han sido tan fundamentales y de alcance tan profundo, que nos sentimos separados del pasado, más que ligados a él. (9)

Desde que en 1919 la Universidad de Columbia creó el primer curso de Civilización Contemporánea, el apoyo institucional a la investigación en historia contemporánea inició un crecimiento significativo. Durante la década de los 40, la Fundación Rockefeller comenzó a subsidiar mayoritariamente proyectos de historia social y económica en el período 1900 - 1940. La validez de estas investigaciones se reforzó en 1966 con la aparición del *Journal of Contemporary History*, cuyo propósito es promover el estudio de la historia del siglo XX.

El número de trabajos históricos sobre nuestro tiempo ha aumentado considerablemente. No faltan las obras generales, entre ellas varias historias nacionales, de las que es buen ejemplo *Out of Our Past*, del historiador norteamericano Carl N. Degler, que explica las grandes fuerzas que han modelado los Estados Unidos, desde el Pacto del "Mayflower" hasta la presidencia de James Carter. Pero es en las monografías históricas donde nos encontramos con mayor frecuencia obras de excelente calidad en este campo. Mencionaré aquí tan sólo dos textos, ambos sobre la breve presidencia del extinto John F. Kennedy, escritos por hombres que, además de ser conocidos historiadores, participaron en los acontecimientos que narran. Me refiero a *A Thousand Days*, de Arthur Schlesinger, y *Kennedy*, de Theodore C. Sorensen. Ambos textos fueron publicados en 1965, sólo poco después de la trágica muerte del Presidente. Por cierto, éstas son obras ya clásicas en su género, pero son muchos los trabajos publicados sobre otros acontecimientos de nuestra época. En comparación, los escritos históricos sobre la Guerra Civil Española o la II Guerra Mundial parecen cosa del pasado remoto.

Estos ejemplos estarían comprobando la factibilidad de escribir historia contemporánea y la receptividad de los usua-

rios a la misma. Sin embargo, queda la duda razonable sobre la posibilidad de la historia contemporánea desde un punto de vista estrictamente epistemológico. En realidad, esta duda se extiende a todo tipo de historiografía, puesto que, al contrario del científico, el historiador no puede verificar el resultado de sus investigaciones. El problema se plantea sobre la posibilidad de conocer el pasado, sea remoto o inmediato.

Por lo tanto, si es factible escribir historia, también es factible escribir historia contemporánea. En los albores de esta disciplina, Tucídides defendía su obra al expresar que sólo la observación directa y la experiencia personal podían garantizar la exactitud y el pleno conocimiento y comprensión de los hechos. "En cuanto a los acontecimientos de la guerra (del Peloponeso) - escribe Tucídides - no he escrito nada que no haya observado por mí mismo, o escuchado de otras personas a quienes he formulado, con mucha cautela, las preguntas de rigor". Flavio Josefo, el autor de *La Guerra de los Judíos*, veía a Tucídides y otros historiadores como el modelo a seguir, porque "se dedicaron a escribir la historia de su propio tiempo, debido a que su participación personal en los hechos dio claridad a sus juicios, y porque toda falsedad o error podía ser corregida por un público que conocía bien tales hechos". (10)

¿Cuáles fuentes son más confiables, las de la historia tradicional o las de la historia contemporánea? Si Tucídides y Flavio Josefo se inclinan por las segundas, también lo hace Arnold Toynbee, al enjuiciar los documentos oficiales como fuentes de la historia. Toynbee asegura que los documentos oficiales poseen limitaciones evidentes como fuentes históricas confiables. Desde luego, quienes los redactan no intentan hacer un servicio a los futuros historiadores, sino que lo hacen con propósitos de acción, sea para provocar un suceso o para prevenirlo. Por otra parte, los funcionarios que redactan informes y documentos casi siempre omiten hechos que son de conocimiento general en el círculo donde se mueven. "A menudo, lo que los documentos no mencionan son datos esenciales para su interpretación (...) Si no se está informado sobre lo omitido por el documento, es probable que éste no sea correctamente interpretado". Lo mismo piensa Schlesinger, cuando expresa que los documentos oficiales son escasamente adecuados como fuentes para la historia del siglo XX. Esta desconfianza no es compartida tan sólo por historiadores contemporáneos. Francesco Guicciardini tenía una idea aún peor sobre la confiabilidad de los documentos: "(Los documentos son susceptibles de ser falsificados) pero no suelen ser falsificados en la época en que se escriben: la falsificación se lleva a cabo más tarde, cuando la ocasión o la necesidad así lo dictan". (11)

En este sentido, el historiador contemporáneo lleva en este aspecto alguna ventaja al historiador tradicional. El primero conoce, porque ha sido testigo o protagonista, los pormenores, el clima de opinión y las circunstancias que permiten comprender los fundamentos y objetivos del documento oficial. Las omisiones que éste presenta son ventajosamente reemplazadas por las vivencias del historiador. De nuevo, Toynbee comparte esta posición: "El historiador contemporáneo participa de la época de la cual escribe; conoce, por lo menos por experiencia, algunos de los sentimientos, pensamientos y emociones producidas en las mentes y corazones humanos por los acontecimientos de su época". Una opinión

apoyada por Schlesinger, que piensa que "la participación en los hechos no sólo agudiza el juicio del historiador; también estimula y amplifica lo que podría denominarse su imaginación constructora". (12)

William L. Shirer, autor de *The Rise and Fall of the Third Reich*, una de las mejores obras históricas sobre la Alemania de Hitler, gozó del privilegio de contar con toneladas de documentos y notas dejados por las autoridades y funcionarios del III Reich y capturados por las tropas aliadas. Sin embargo, Shirer otorga mayor validez a su experiencia personal de los hechos. El historiador estima que la mayoría de sus colegas han tenido que esperar cincuenta, cien o más años antes de intentar escribir sobre un determinado suceso, porque los documentos necesarios no fueron conocidos antes por la opinión pública. "Y, aunque se ganó perspectiva, ¿no se perdió algo debido a que los autores necesariamente no poseían una relación personal con la vida y la atmósfera de los tiempos y con las figuras históricas sobre las cuales ellos escriben?". (13)

Otro gran historiador, Alexis de Tocqueville, señala también las ventajas comparativas del historiador contemporáneo:

Las verdaderas características de los protagonistas y las de sus relaciones, como así mismo los movimientos de las masas, son casi siempre descritas mucho mejor por los testigos que por las generaciones posteriores. Estos son los detalles necesarios (al historiador). Aquellos cercanos a ellos en el tiempo estarán mejor situados para trazar la historia general, las causas generales, los grandes procesos, las corrientes espirituales, cosa que no puede hacer una persona después de un considerable lapso de tiempo. (14).

La memoria todavía fresca de testigos y protagonistas, la tradición oral, las vivencias del historiador y su peculiar sensibilidad para "sentir" la historia, ¿no reemplazan con creces el contenido de archivos polvorientos, que con demasiada frecuencia sólo guardan comunicaciones incomprensibles para cualquiera que no fuese el funcionario que los redactó? Y, por otra parte, el enfoque histórico es inconfundible con la simple crónica. La historia es una disciplina que se ocupa primordialmente de identificar la causación de los acontecimientos y procesos en el acontecer temporal. Y esto es, precisamente, lo que hace o pretende hacer el historiador contemporáneo.

¿Es realmente el tiempo el padre y hacedor de la verdad histórica? Porque se nos repite una y otra vez que sólo el tiempo coloca los hechos en su "verdadera perspectiva". No piensa lo mismo Toynbee, que considera que esta creencia es falsa. El autor de *Estudio de la Historia* estima que el transcurso del tiempo economiza algún trabajo al historiador, puesto que los datos ya han sido elaborados por sus predecesores; sin embargo, esto mismo le priva de llegar a la verdad: "El paso del tiempo crea un cuadro convencional, fijo, de los acontecimientos pasados". Por otra parte, tiene el efecto de monopolizar el protagonismo en uno de los actores del drama ... (15)

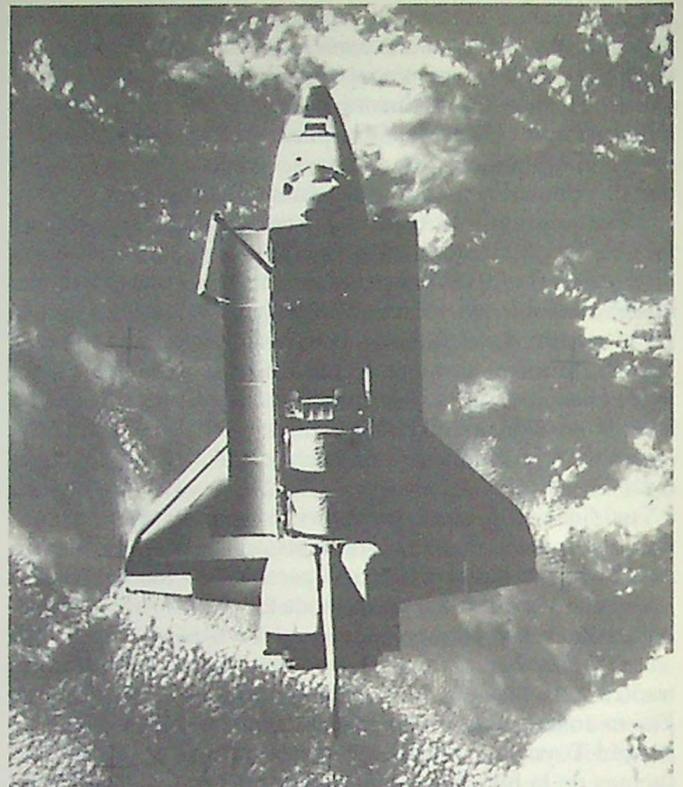
Se acostumbra establecer como algo incontrovertible el efecto purificador del tiempo, que contribuiría a remover las

distorsiones producidas por los intereses y emociones del historiador; por otra parte, la "perspectiva" capacitaría al especialista a visualizar un patrón ordenado y racional de los hechos. Sin embargo, puede demostrarse fácilmente que el paso del tiempo no libera al historiador de sus más profundos valores y suposiciones. **Los grandes problemas de la historia nunca pierden su actualidad.** Esto es, precisamente, lo que asegura la vigencia de su interés para el historiador. Y, por esta razón, los historiadores continúan discutiendo con renovada pasión sobre tales problemas. El tiempo no parece ser padre ni de la verdad ni del consenso entre los historiadores.

¿Somos capaces de escribir la historia del pasado con mayor frialdad, objetividad y falta de prejuicios de los que surgen, implacables, cuando examinamos los hechos contemporáneos? El estudio de las grandes obras históricas nos señala lo contrario. ¿Qué historiador ha podido escribir desapasionadamente sobre Martín Lutero y la Reforma, o sobre la Inquisición o el juicio de Galileo? Recordemos la interminable controversia sobre las causas de la caída del Imperio Romano. Todavía después de la monumental obra de Gibbon, los argumentos de San Agustín no han perdido ni su fuerza ni su vitalidad.

Pareciera ser que la única diferencia entre la historia ortodoxa y la historia testimonial es que, en esta última, es posible discernir con mayor claridad los prejuicios, ideologías e intereses de su autor. Desde luego, todavía no ha sido escrita la obra que ponga punto final a una determinada controversia histórica. Por muchos años, los historiadores y el público vieron en el texto de Jacobo Burckhardt, *La Cultura del Renacimiento en Italia*, una obra maestra, un verdadero clásico que sería imposible sobrepasar. La admirable síntesis burckhardtiana, que postulaba al Renacimiento como un período de la historia de Europa diferente e inimitable, fue aceptada como verdad indiscutible. Sin embargo, habría que señalar que el propio Burckhardt indica claramente las limitaciones del historiador, y sus propios problemas frente a un tema como el Renacimiento, al escribir en las primeras páginas de su obra: "Los contornos espirituales de una época cultural dan acaso en cada visión individual una imagen distinta y, tratándose de una civilización que, como madre inmediata de la nuestra, hace aún sentir su influjo, interfieren a cada momento los juicios y sentimientos subjetivos tanto en el autor como en el lector". Dos historiadores de nuestra época, W.K. Ferguson y Oscar Kristeller, consignan que el criticismo de las ideas de Burckhardt comenzó antes de fines del siglo XIX, y que el proceso continúa. (16). Con todo, podríamos decir que aún el Renacimiento está demasiado cerca de nosotros como para intentar ser más desprejuiciados. Pero puede refutarse esta opinión gracias a un ejemplo proporcionado por A. Toynbee.

Akhenaton, un faraón egipcio del siglo XIV a.c., intentó imponer el monoteísmo pero fue derrotado y execrado. Durante los siguientes 3200 años nadie supo de la existencia de este reformador religioso. Alrededor de 1880, los arqueólogos ingleses encontraron su tumba y los archivos que atestiguan su fracasado intento de reforma. Lo más interesante de este asunto es que Akhenaton ha vuelto a ser un personaje controvertido y polémico. "Cuando uno lee lo que un egiptólogo ha escrito sobre Akhenaton (expresa Toynbee) se puede decir si



En menos de 50 años, hemos dejado atrás las locomotoras de vapor para entrar a la Era Espacial

éste tiene una mente conservadora o liberal (...) De tal manera, alguien que vivió en el siglo catorce a.c. y cuya existencia ha sido olvidada (durante muchos años), al ser descubierto puede aún despertar hondos sentimientos". (17)

En los últimos años, nos ha tocado conmemorar dos centenarios célebres. En 1989 se recordó el Bicentenario de la Revolución Francesa y este año de 1992 conmemoramos el V Centenario del descubrimiento de América. Ambas ocasiones han dado lugar a arduos debates y a polémicas violentas, en las que la pasión supera el análisis frío y racional de los hechos. En cuanto a la Revolución Francesa, uno de los intelectuales más distinguidos de Francia ya había escrito que "la de 1989 no será una fiesta; todo lo más, una conmemoración". Y dos de los más célebres historiadores franceses contemporáneos han aprovechado la ocasión para atacarse mutuamente hasta la descalificación personal. De Pierre Chaunu, el socialista Max Gallo, todo un ex ministro de Mitterand, ha dicho que "se ha convertido en un propagandista de la extrema derecha", porque Chaunu ataca la revolución. Y éste último replica, a propósito de la obra apologética que Gallo escribe sobre este hecho: "Lo que ha escrito Gallo es un panfleto mediocre e insultante, completamente estúpido y ridículo. La historia es otra cosa". Louis Pauwels tampoco se queda atrás en su crítica: "Hay que ver el libro lamentable que acaba de publicar Max Gallo para medir la decrepitud intelectual de una izquierda arcaica, desprovista ya de sus referencias idílicas (...) exalta con desesperación tanto a Robespierre, como a Marat. Jamás vi llantos tan convulsivos sobre ilusiones perdidas". (18) La conmemoración del V Centenario - o "encuentro de dos culturas" como se le ha llegado a denominar hipócritamente -

también ha servido para que historiadores e intelectuales de diferentes vertientes ideológicas se ataquen sin piedad, usando como pretexto un hecho histórico acaecido hace cinco siglos.

Las relaciones entre la historia y las ciencias sociales (que algunos podrían tachar de incestuosas) aparecen más claras y decisivas en el análisis del pasado reciente que sirve de base a la historia contemporánea. No obstante, tales relaciones no pueden ni deben afectar la bien ganada autonomía de la disciplina histórica. Los científicos sociales tienden a la pretensión de formular generalizaciones y buscar causas generales. Lo que en ocasiones resulta una deformación peligrosa en el caso de las ciencias sociales, podría ser fatal para la historia.

Ha sido Lucien Febvre quien ha dicho que "la historia es la ciencia del hombre" pero, sólo un poco después, agrega, dirigiéndose a los futuros historiadores: "Para hacer historia, volved la espalda resueltamente al pasado, vivid primero. Mezclaos con la vida. Con la vida intelectual, indudablemente, en toda su variedad. Sed geógrafos, historiadores. Y también juristas, y sociólogos, y psicólogos; no hay que cerrar los ojos ante el gran movimiento que transforma las ciencias del universo físico a una velocidad vertiginosa." (19). El historiador, tradicional o contemporáneo, debe ser un hombre culto, lo que no significa, ni mucho menos, llenarse el cerebro de vetusteces y antigüedades sino, por el contrario, vivir "a la altura de las ideas de su tiempo", como afirma Ortega y Gasset.

El rechazo al historicismo, esto es, el rechazo a la absurdidad de la creencia en unas "Leyes Inexorables del Destino Histórico", de las que tan bien nos ha enseñado a precavernos Karl Popper (20), tampoco puede ser confundido con la adherencia al positivismo o a la simple crónica o narrativa histórica. En este sentido, tengo la firme convicción de que las ciencias sociales no solamente pueden comportarse como excelentes auxiliares del historiador, sino que también pueden proporcionarle modelos y teorías útiles para visualizar un patrón inteligible detrás de los hechos. Los economistas, por ejemplo, distinguen entre aquellos fenómenos que resulta más útil discutir en términos de uniformidad estadística, y aquellos que son únicos en su clase. Desde el punto de vista histórico, cada hecho posee características que le hacen único e irrepetible, pero casi siempre presenta otros aspectos que le hacen ser miembro de un grupo o conjunto. Si estamos interesados en uno de estos aspectos, será el conjunto y no "el hecho" el que deberemos estudiar. Y de semejante examen podremos, sin duda, identificar algunas normas o generalizaciones para establecer categorías válidas de estudio.

CULTURA ACADEMICA E HISTORIA CONTEMPORANEA EN CHILE

De esta manera, pareciera que las acusaciones lanzadas en contra de la práctica de la historia contemporánea quedan refutadas no sólo con los hechos, sino con su validez epistemológica. El historiador, si utiliza el método histórico en su investigación, siempre engendrará una obra histórica, no importa si quiere recrear el período de la organización de la República o el régimen de las Fuerzas Armadas.

Con todo, la recepción de la historia contemporánea en una determinada comunidad académica depende en gran

medida de las tradiciones culturales que ésta posea. Mi hipótesis es que, hasta hace poco tiempo atrás, existía un rechazo, en ocasiones claro y explícito, a la práctica de la historia contemporánea como campo legítimo de investigación y docencia. Algunos hechos así lo demuestran. Existen, desde luego, historias generales, monografías y trabajos que son la excepción, pero la mayoría de ellos ha sido escrito con posterioridad a 1983.

En primer término, contados historiadores nacionales - entre los que se cuentan Leopoldo Castedo, Gonzalo Vial, Cristián Gazmuri, Mariana Aylwin, Carlos Bascuñán, René Millar y Joaquín Fernandois - se han aventurado a escribir sobre la historia nacional en el siglo XX. El conjunto se empequeñece todavía más si consideramos sólo los trabajos escritos sobre el período 1938 - 1990. Una revisión de los *Historical Abstracts*, hecha por Gonzalo Rojas en 1982, dejaba en claro que, de los 280 estudios sobre la Unidad Popular y el Gobierno Militar escritos en revistas internacionales entre 1970 y 1979, ni uno solo se debía a historiadores chilenos. (21)

En segundo lugar, los trabajos de autores nacionales sobre el período 1964 - 1983 se deben, abrumadoramente, a periodistas, sociólogos, economistas y científicos políticos. Escasos historiadores chilenos estuvieron dispuestos a exponer su prestigio profesional o su seguridad laboral emitiendo juicios sobre los hechos que conforman ese período. Sin embargo, habrá que reconocer que otros sectores profesionales y la misma opinión pública parecían creer que no eran precisamente los historiadores quienes debían pronunciarse sobre su propia época.

Factor primordial - aunque de ningún modo único - de esta actitud es, según mi opinión, el rápido proceso de profesionalización que ha experimentado la comunidad histórica chilena en los últimos 25 años. Este proceso permitió ver la historia como una vocación autosuficiente, de dedicación exclusiva, que absorbía por completo el interés del investigador y que poseía un alto grado de autonomía frente a otras disciplinas humanísticas y sociales. El proceso terminó por imponer la creación de institutos universitarios dedicados exclusivamente a la enseñanza de la historia y a la formación de investigadores. La profesionalización obligó a un riguroso aprendizaje de los métodos propios de la disciplina, reafirmó el valor de la crítica histórica como garantía de objetividad, y la autonomía del gremio frente a otros quehaceres académicos. Por último, se crearon revistas especializadas, con comités editoriales idóneos.

Según parece, el historiador nacional considera aún "poco profesional" ocuparse de un área que estima más apropiada para periodistas o científicos sociales. Se tiende a pensar - y la imagen que el público tiene del historiador así lo corrobora - que el estudio de los hechos recientes debe reservarse a estos profesionales o a la clase política, y que existe el riesgo evidente de perder objetividad (y status) al enjuiciar fenómenos contemporáneos. Y el hecho de que el historiador que es testigo o protagonista de los sucesos que investiga deba utilizar enfoques propios de otras disciplinas, preocupa a todo historiador tradicional que sea defensor a ultranza de la autonomía de su quehacer académico. En general, los historiadores chilenos participan de las críticas ya mencionadas en

cuanto a la práctica de la historia contemporánea.

Existen aún otras razones que explicarían la renuencia de nuestros historiadores a escribir la historia de su propio tiempo. Tales razones son de naturaleza psicológica, cultural e institucional. Entre las primeras, debe mencionarse la supervivencia de un rasgo propio de la "historia patricia", es decir, de la historiografía cuyos autores han sido personalidades vinculadas a la política, la agricultura o los negocios; me refiero a a cierto **pudor** casi atávico, que impide al historiador escribir en términos valorativos sobre personajes o acontecimientos de su época.

Existe, por otra parte, una generalizada actitud de **auto-censura**, que se expresa en la creencia de que consideraciones críticas e iconoclastas pueden ser peligrosas para el historiador, o al menos desventajosas para su carrera profesional, su status académico o su posición en la comunidad. Desde luego, tal temor no es nuevo ni privativo de nuestros historiadores. Cuatro siglos atrás, Sir Walter Raleigh, autor de una historia de su tiempo, expresó: "Quienquiera que escriba historia moderna y pretenda seguir la verdad demasiado cerca, se arriesga a perder sus dientes". (22) Por desgracia para él, no sólo perdió sus dientes, sino su cabeza ...

Entre las razones de carácter institucional que dificultan la aceptación de la historia contemporánea entre nosotros, mencionaré dos: nuestra tradición universitaria y el lógico temor de grupos conservadores frente a la apertura de nuevas áreas de investigación y docencia. En primer término, la Universidad chilena tradicional posee una notable tendencia a la rutina intelectual, bien sostenida por la frondosa burocracia central y concretada en la rigidez de sus programas. Nada resulta más difícil que introducir innovaciones necesarias en el gobierno, la administración o la vida académica de la Universidad. Por ello, los procesos de reforma son siempre conflictivos y pueden generar fácilmente una violencia que termina por destruir las instituciones.

En tercer lugar, la Universidad chilena tradicional es ante todo, y primordialmente, una **institución política**, cuyas funciones más importantes son servir de "conciencia crítica" a la nación y formar dirigentes que pasarán a engrosar la nueva clase política. Por tal razón, las mayorías dominantes rechazarán tajantemente a las ideas y los hombres que sean contrarios a su propia ideología o pensamiento político. La historia es, desde luego, una disciplina bien cautelada por las autoridades y por las asociaciones gremiales de académicos y estudiantes, y cualquier intento de escrutar la propia época que sea visto como lesivo a los intereses de las mayorías, será sofocado de inmediato. (23)

En cuarto lugar, la intención del Estado en cuanto a regular al sistema de educación superior, claramente establecida en el proyecto legal recientemente despachado al Congreso, cercena la libertad académica necesaria para introducir reformas en los programas de estudios y en los objetivos propios de cada institución universitaria. So pretexto de representar la "fe pública", el Estado atropella la autonomía universitaria y propone, a cambio, la adopción generalizada de un modelo de Universidad obsoleto e ineficiente. De esta manera, resulta difícil, si no imposible, proponer áreas y métodos de estudio que no sean los tradicionalmente aceptados. Desde luego, la intervención estatal en la educación no es un proble-

ma actual, sino una herencia del Despotismo Ilustrado, agravada por el estatismo propio del siglo XX.

No obstante, habrá que reconocer que las innovaciones curriculares son también rechazadas por un substancial número de académicos, que ven amenazada su posición profesional y su prestigio con la irrupción de nuevos enfoques y áreas de investigación y estudio. En el caso particular de la historia contemporánea, su aceptación conlleva la introducción de nuevos saberes y habilidades, como el manejo de las ciencias sociales, el conocimiento de nueva bibliografía, el aprendizaje de técnicas apropiadas para el mejor aprovechamiento de las fuentes propias de la historia reciente y, en particular, un conocimiento profundo de la historia universal contemporánea, porque a estas alturas resulta imposible escribir sobre el pasado nacional inmediato sin tener en cuenta los hechos que conforman las nuevas circunstancias internacionales. El historiador nacional que quiera, por ejemplo, investigar las razones tras la renovación del socialismo criollo, no podrá prescindir del estudio de la transición española, del fin de los "socialismos reales" y de las actuales relaciones económicas internacionales ...

Por último, habrá que mencionar una causa de rechazo a la historia contemporánea que es privativa de nuestro país. Me refiero a la tendencia a considerar nuestro propio tiempo como una época inferior a la etapa de organización y consolidación de "la República en forma", que coincide con el destacado papel que Chile desempeñara en la región durante el siglo XIX. La idea de "decadencia nacional", manifiesta en muchos historiadores y hombres públicos, sería una razón más para despreocuparse, (académicamente, desde luego) de nuestra historia reciente, que presenció nada menos que la más profunda crisis que le ha tocado vivir a la nación. (24)

Sin embargo, este panorama, contrario a la aceptación de la historia de los hechos recientes, no es estático. En la medida en que Chile y el mundo han sufrido cambios drásticos, insospechados hace unos 20 años atrás, la necesidad de conocer mejor el pasado inmediato ha hecho posible un clima más favorable a la historia contemporánea. En mi opinión, la apertura política que vive el país a partir de 1983 contribuye en gran medida a esta reacción.

No es que la historia contemporánea se haya escrito tan sólo en los últimos años en nuestro país. Precisamente una de las obras maestras de la historiografía nacional, escrita unos 25 años más tarde de sucedidos los hechos que narra, es un verdadero ejemplo de historia testimonial o contemporánea. Me refiero a *La Guerra del Pacífico*, de Gonzalo Bulnes, publicada en 1912. Francisco Antonio Encina la califica como obra "cumbre de la historiografía latinoamericana".

Gonzalo Bulnes, que tenía 28 años cuando estalló la guerra, a su término se desempeñó como funcionario del Gobierno en Tarapacá. Muchos de los documentos oficiales estuvieron fuera de su alcance, pero no se arredró por este inconveniente; por el contrario, al utilizar la correspondencia privada de los principales actores y protagonistas del conflicto, demostró que sí podía escribirse la historia al margen de los

archivos oficiales y, al mismo tiempo, destacó la superioridad de la historia vivida. De acuerdo a Encina

(En la obra de Bulnes) los hombres y los sucesos se destacan espontáneamente, sin esfuerzo y sin necesidad del empleo de recursos literarios. (Los héroes y protagonistas) se nos presentan de cuerpo entero, nos corresponden al saludo y nos hablan (...) El milagro se repite en la narración de los sucesos. Asistimos a los Consejos de Ministros; participamos de las tribulaciones del honesto y austero Presidente Pinto, forjado por el destino para levantar moralmente a una nación en vías de paz y no para dirigir guerras; vibramos con las nerviosas reacciones de la opinión pública, sobreexcitada por Vicuña Mackenna ... (25)

Es preciso reconocer que algunos de los mejores historiadores chilenos ya se han aventurado por el camino que abrió hace 80 años Gonzalo Bulnes. Joaquín Fermandois, con su trabajo sobre la política exterior de la Unidad Popular, hubo de recurrir a la prensa y a otro tipo de fuentes, para reemplazar los archivos de la Cancillería, vedados por ley a la búsqueda de los historiadores. No obstante, logró estructurar una obra sobresaliente, que estudia uno de los períodos más conflictivos de nuestra historia. Otra obra destacada, que asume la responsabilidad intelectual de reflexionar y valorar nuestros últimos 50 años de historia, es el conocido texto de Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. En su introducción, Góngora declara que el origen de su obra fueron "los sentimientos de angustia y preocupación de un chileno que ha vivido la década de 1970 a 1980, la más crítica y grave de nuestra historia". Estima Góngora que "el Estado es la matriz de la nacionalidad: la nación no existiría sin el Estado, que la ha configurado a lo largo de los siglos XIX y XX". (26) Su tesis, como la de toda obra histórica importante, ha levantado polémica. Personalmente no estoy de acuerdo con su autor, pero nadie puede desconocer la claridad de su exposición y la solidez de sus argumentos. Desde dentro de nuestra Universidad rutinaria y escasamente creativa, una de las tesis de Góngora, la existencia de una "Época de las planificaciones globales", que cubre el período entre 1964 y 1980" (el autor escribe en 1981), destaca como un verdadero aporte a la comprensión de nuestra historia reciente. En este sentido, Mario Góngora echa por tierra las viejas aprensiones sobre la aparente imposibilidad de encontrar un patrón inteligible a través del caos con que se nos presenta nuestro tiempo.

Otro historiador que está haciendo aportes substanciales a nuestra historia contemporánea es Gonzalo Vial. Desde luego, la historia de Chile que está escribiendo promete abarcar el período 1891 - 1973, y no hay duda que su análisis de los hechos más inmediatos no será inferior al excelente estudio que ya ha realizado sobre los primeros años del siglo. Sin embargo, pienso que su mejor contribución a la comprensión de nuestra época es el curso del cual es organizador y responsable, "Historia de Chile en el Siglo XX", que desde hace tres años se dicta en la Universidad Finis Terrae y que convoca a los más destacados académicos chilenos, los cuales, desde su propia profesión y perspectiva, van pasando revista y analizando los hechos y procesos más importantes del siglo

XX en nuestro país. Esta es, sin duda, una importante iniciativa, que ha sido bien recibida por el público.

Los hechos relativamente recientes que han conmovido a la nación, a partir del compromiso del Presidente Eduardo Frei sobre iniciar una "Revolución en Libertad" en Chile, y que incluyen la crisis de nuestra democracia y los trascendentales cambios introducidos en la vida nacional por el régimen de las Fuerzas Armadas, han provocado el interés profesional de historiadores y académicos de todo el mundo. Al respecto, aparte del ya citado trabajo de Gonzalo Rojas, existen varias bibliografías sobre textos y trabajos históricos de autores extranjeros y referidos a Chile. En general, se encuentra que los estudios se concentran en los períodos de organización de la República y contemporáneo, vale decir, en los dos últimos siglos. Uno de los recopiladores estudiados, Baldomero Estrada, acota que este hecho contrasta con lo que ocurre en Chile, donde la producción histórica sobre la época contemporánea es prácticamente nula. Por su parte, Paul W. Drake encuentra que una abrumadora mayoría de trabajos realizados entre 1977 y 1983 se refieren a los gobiernos de la Unidad Popular y de las Fuerzas Armadas. (27)

En los últimos años, fuera de Chile y particularmente en Estados Unidos, se ha publicado una serie de trabajos de envergadura sobre nuestro pasado reciente. Dos de ellos pertenecen a Arturo Valenzuela, académico chileno que trabaja actualmente en Georgetown: *Chile. The Breakdown of Democratic Regimes*, publicado en 1978 y que recientemente ha editado FLACSO en nuestro país, y su obra más reciente, escrita en conjunto con Pamela Constable, *Chile Under Pinochet: A Nation of Enemies*, publicada en 1991. Por su parte, Mark Falcoff ha escrito *Modern Chile, 1970 - 1989. A Critical History*, publicada en 1989. Las obras citadas enjuician críticamente el régimen de las Fuerzas Armadas, aún cuando el trabajo de Falcoff se ocupa primordialmente del período de la Unidad Popular. Difiere del enfoque crítico de estas obras el voluminoso y bien documentado trabajo de James R. Whelan, *Out of the Ashes - Life, Death and Transfiguration of Democracy in Chile, 1833 - 1988*, publicada en 1989. Al contrario de Valenzuela y Falcoff, Whelan subraya los aspectos más positivos e importantes del Gobierno del general Augusto Pinochet, haciendo recaer la responsabilidad por la pérdida de la democracia en los dos regímenes anteriores.

Otro profesor chileno, Julio Faúndez, que actualmente se desempeña como académico en la universidad de Warwick, Inglaterra, es el autor de *Marxism and Democracy in Chile: from 1932 to the Fall of Allende*, publicado en 1988 y traducido al español en 1992. Faúndez ha escrito una obra bien documentada y seria sobre un período conflictivo y polémico, indicando las contradicciones internas que terminaron por hacer fracasar los experimentos políticos progresistas y populistas en nuestro país, desde el Frente Popular del año 1938, hasta el régimen de la Unidad Popular, sin perdonar la "Revolución en Libertad".

Como puede apreciarse, el interés por la historia reciente de Chile es explícito en los centros académicos foráneos. Sobre todo, no pareciera existir allí la "falta de perspectiva" que señalan, tan a menudo, los historiadores nacionales como causa de su inhibición frente a la historia contemporánea. Por otra parte, debe reconocerse que al escribir fuera de Chile, el

historiador deja de estar presionado por las razones psicológicas e institucionales ya mencionadas. Sin embargo, estas mismas razones no parecieran actuar sobre otras subculturas académicas. Con bastante frecuencia, hemos presenciado la publicación de trabajos muy críticos y polémicos sobre los hechos que conforman nuestra historia a partir de 1964, debidos principalmente a sociólogos, economistas, periodistas y científicos políticos. Durante la Unidad Popular se editó una serie impresionante de textos contrarios al Gobierno, y cosa parecida aconteció durante el Gobierno militar, sobre todo a partir de 1983. Son escasísimos los historiadores que han participado de estos movimientos de crítica política.

Desde luego, esto no obedece a la preocupación de ser sancionado por la autoridad o por la sociedad, sino que pareciera ser un cierto temor a ser descalificado como historiador por sus pares. Sin embargo, las pasiones asoman sin pudor alguno cuando se trata de discutir el pasado más lejano. Son bien conocidas en nuestro país las polémicas entre "carrerinos" y "higginistas", que han ocupado muchas páginas en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* o en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Parecidos sentimientos desata, todavía, la Revolución de 1891, y lo mismo puede afirmarse de figuras como la de Arturo Alessandri o Diego Portales. Buen ejemplo de esto es una de las últimas obras de Sergio Villalobos, *Portales, una falsificación histórica* (1989).

Problemas de tiempo y espacio me impiden siquiera mencionar algunos trabajos debidos a historiadores chilenos y que versan sobre nuestra historia reciente, publicados en diversas revistas nacionales. Habría que señalar, no obstante, que no todos estos trabajos merecen ser considerados como históricos, porque abunda en muchos de ellos un elevado grado de subjetividad, que los transforma en escritos de activismo político militante.

Afortunadamente, este problema está ausente de una obra reciente, debida al Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y, particularmente, al esfuerzo de su editor, Matías Tagle. Esta obra, *La Crisis de la Democracia en Chile. Antecedentes y Causas*, publicada en 1992, es un magnífico ejemplo de honestidad profesional y una verdadera contribución para acercarnos a lo que podría ser una explicación válida de la caída de la democracia en 1973. Varios autores de diferentes tendencias políticas y de diversas profesiones, proporcionan al lector su propio enfoque sobre los sucesos que llevaron al trágico desenlace del régimen de la Unidad Popular. Entre ellos, se cuentan tres destacados historiadores: Cristián Gazmuri, René Millar y Gonzalo Vial, que no vacilan en dar su propia visión de esos hechos.

No obstante, aún no desaparece del todo la íntima aversión de los historiadores a escribir sobre hechos y procesos de



El desafío de la Libertad está caracterizando nuestra época.

los cuales han sido protagonistas o testigos. Si en algo tienen razón, es que la imagen que el público posee del historiador no les permite aventurarse en áreas que siguen siendo de dudosa legitimidad académica. Así lo destaca la autora del reportaje sobre los escasos conocimientos de los estudiantes de enseñanza media sobre las últimas tres décadas de nuestra historia:

Quando se comenta a los profesores que sus alumnos están un poco 'colgados', la mayoría alza los brazos en señal de "a mí que me registren" (...) Hay otros, en cambio, que estiman que el tema no es para enseñarlo, que es demasiado conflictivo, que aún no se ha producido "la perspectiva que da el tiempo" para mirar hechos - que polarizaron tanto al país - con el necesario desapasionamiento. (28)

Sin embargo, la tarea de reconstruir nuestro pasado inmediato, de estructurar un orden inteligible en la maraña aparente de ideas y acontecimientos, no sólo es necesaria sino que urgente. A pesar de que no puede negarse la existencia de un consenso nacional sobre temas muy importantes, aún falta por dilucidar problemas que el historiador - con el imprescindible apoyo de las ciencias sociales - puede resolver con mejores probabilidades de éxito.

Ricardo Krebs es el autor del Prólogo a una obra de equipo sobre la historia reciente de nuestro país, *Chile en el Siglo XX*, que ya ha alcanzado varias ediciones. Expresa Krebs que

Hay quienes afirman que la historia contemporánea no

puede ser aprehendida científicamente, ya que la proximidad de los acontecimientos impediría todo análisis sereno y objetivo. Los problemas generales que plantearía la historia contemporánea se acentuarían aún más en el caso de Chile ...

La tarea, ciertamente, es difícil. Sin embargo, las dificultades no deberían constituir excusa para no emprenderla (...) La experiencia historiográfica internacional demuestra ... que el análisis y la discusión de la historia reciente son absolutamente necesarios. No podemos dar la espalda a la historia. Para poder enfrentar los problemas del presente y para proyectar nuestro futuro debemos conocer nuestra realidad, cuyos orígenes se encuentran en nuestro pasado ... (29).

La tarea - y el desafío - de aplicar el método propiamente histórico a los hechos y procesos que constituyen la trama de uno de los períodos más cruciales y conflictivos de nuestra historia corresponde, en consecuencia, a nuestros historiadores.

CONCLUSIONES

Los historiadores nacionales, casi por unanimidad, han coincidido en conceder escasa valoración profesional a la historia testimonial o contemporánea. Las razones son múltiples, pero habría que subrayar aquellas de carácter psicológico y sociológico, y las de carácter institucional.

Si entre las primeras se destaca el pudor intelectual que impide analizar las actuaciones de personajes que aún viven y que, incluso, siguen ocupando posiciones de privilegio dentro de nuestra sociedad, entre las razones sociológicas habrá que señalar en primer término, el riesgo de perder status al ocuparse de un área que aún no ha terminado de institucionalizarse ni en la Universidad ni en la sociedad - y que, por lo tanto, carece de legitimación social - y, en segundo lugar, el deseo de la comunidad de no arriesgar la autonomía de la profesión, rechazando, de esta manera, un área de estudio que no sólo requiere de teorías y métodos de las ciencias sociales, sino que es constantemente compartida con otros profesionales.

La Universidad chilena no es una institución apta para la fácil aceptación de cambios e innovaciones. A lo largo de nuestra historia, el Estado siempre se las ha arreglado para actuar como el gran regulador del sistema de educación superior, y aún ahora no desea perder esta capacidad. Por ello, la introducción de nuevas ideas, campos de estudio y carreras debe someterse al escrutinio de burocracias internas y externas, que rigidizan los programas y hacen difícil, si no imposible, obtener los objetivos deseados. Agréguese a esto los diferentes intereses existentes dentro de cada comunidad universitaria, y las motivaciones políticas que casi siempre guían a los dirigentes de las agrupaciones gremiales universi-

tarias, y podrá apreciarse cuán ardua puede llegar a ser la tarea de institucionalizar, como campo inteligible de estudio histórico, la historia contemporánea. (30)

Debe reconocerse, sin embargo, que ha habido grandes progresos a partir de la notable apertura política de 1983. La legitimación de una actividad opositora al régimen de las FFAA, y el regreso de políticos e intelectuales de tendencias contrarias al Gobierno que hallaron refugio en los numerosos centros académicos creados fuera de los campus tradicionales gracias a un generoso apoyo externo, incentivaron y posibilitaron el estudio del pasado inmediato, por distintos motivos. Algunos emprendieron la tarea como una catarsis renovadora, con un profundo sentido autocrítico. Otros buscaron culpables, víctimas y victimarios, y no faltaron quienes, simplemente, quisieron aproximarse a la verdad. A partir de ese momento, se han recopilado documentos y se han publicado muchos textos y trabajos que constituyen fuentes importantes para la reconstrucción del pasado reciente. Tampoco han faltado, como ya se ha mencionado, las obras históricas de envergadura sobre el período que recién está terminando.

No obstante, no se perfila todavía con nitidez el rol del historiador dedicado a dar testimonio de lo sus propias vivencias. (31) Los programas de historia en nuestras universidades y establecimientos de educación media no contemplan la enseñanza del pasado inmediato y, aún cuando podrían aparecer en la Prueba de Aptitud Académica preguntas relacionadas con el período 1952 - 1973, esto no suele acontecer. En realidad, es extremadamente raro que ocurra. Los programas universitarios de historia, por su parte, acostumbran incluir hasta la Revolución de 1891, aunque algunos más modernos y audaces contemplan la enseñanza de la historia nacional hasta la Constitución de 1925.

Por su parte, la opinión pública tampoco espera que los historiadores profesionales se hagan cargo del estudio de los décadas más recientes. La sociedad chilena posee una muy buena imagen del historiador, la que probablemente sería menos nítida si estos profesionales se dedicaran a discutir las conflictivas situaciones del pasado que vivimos y todavía recordamos. Sin embargo, tampoco faltan los sectores sociales que ya están exigiendo de parte del historiador un esfuerzo en este sentido. Al menos, los empresarios, los políticos y los estudiantes han emitido positivas señales, que indican una necesidad que debe ser satisfecha.

La institucionalización de la historia contemporánea dependerá, en consecuencia, de la aparición de un nuevo rol, el del historiador profesional ocupado exclusivamente del pasado inmediato, y de la aceptación, de la comprensión y de la evaluación positiva de este rol por diferentes sectores sociales. □

NOTAS

- (1) "¿Del período Ibáñez - Allende...? ¡Ni ideal!". Reportaje de M.A. De Luigi. *El Mercurio*, 30 de noviembre de 1986, p. D9. A partir de la dictación del Decreto Exento N° 300 de MINEDUC, los programas de ciencias sociales incluyeron la enseñanza del período 1952 - 1973. En 1986 se incluyó el conocimiento de este período en la Prueba de Aptitud Académica.
- (2) Sir Herbert Butterfield, *History and Human Relations* (1951). Citado en el trabajo de Arthur Schlesinger, "The Historian as Participant", *Daedalus*, 100, 2, 1971, p. 345
- (3) Id., p. 346
- (4) Ricardo Krebs, "La Actualidad de la Historia en el Mundo Contemporáneo", *Cuadernos de Historia*, 1 (1981), p. 115
- (5) John Higham, *History - The Development of Historical Studies in the United States* (Englewood Cliffs: 1965), p. 108ss
- (6) John Dewey, "Instrument or Frankenstein", *Saturday Review of Literature*, VIII (1931). Citado en Higham, op. cit. p. 110
- (7) Roy Nichols, "Postwar Reorientation in Historical Thinking", *American Historical Review*, 54 (1948), pp. 78 - 79
- (8) Schlesinger, op. cit. p. 342
- (9) Felix Gilbert, "Post Scriptum", *Daedalus*, 100/2 (1971) p. 520
- (10) Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* (Madrid: 1952-1955), Vol. 1, p.3; Flavio Josefo, *Guerra de los Judíos. - Destrucción del templo de Jerusalén*. (Barcelona: 1955), pp.65s
- (11) Arnold Toynbee, "El Estudio de la Historia Contemporánea", *Estudios Internacionales*, 1, 1967, p. 12; Schlesinger, op. cit., p. 344; Francesco Guicciardini, *Maxims and Reflections of a Renaissance Statesman*. Citado por Schlesinger, op. cit. p. 346. Recientemente, William F. Buckley ha criticado a quienes poseen demasiada fe en los documentos oficiales: "Como participante en la política democrática de la época, leí suficientes documentos de esos como para saber que fueron concebidos para demostrar devoción por parte del compilador, más que para que sirvieran de base para tomar decisiones". "La industria de la desinformación en EE.UU." *La Segunda*, 15.12.1992, p.9
- (12) Toynbee, op.cit. p. 13; Schlesinger, op. cit. p. 348
- (13) William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*/Od. ed., (London:1975), p.11
- (14) Alexis de Tocqueville, *The European Revolution*. Citado en Schlesinger, op.cit. p. 347
- (15) Arnold Toynbee, op.cit. p.16
- (16) Jacob Burckhardt, *La Cultura del Renacimiento en Italia* (Barcelona: 1959) p. 3. De Wallace K. Ferguson, véase "The Reinterpretation of the Renaissance", en *Facets of the Renaissance*, Ferguson et al.(New York: 1959) p. 1; Paul O.Kristeller es el autor de "Changing Views of the Intellectual History of the Renaissance since Jacob Burckhardt", en T.Helton,ed., *The Renaissance - A Reconsideration of the Theories and Interpretations of the Age* (Madison: 1964) p. 27
- (17) Toynbee, op.cit. 12 - 13
- (18) Véase L. Pauwels, "Para, sencillamente, terminar con la Revolución Francesa", *Artes y Letras. El Mercurio*, 23.11.1986, p. E7; José Ignacio Moreno, "La Revolución Francesa a Debate", *Artes y Letras. El Mercurio*, 8.11.1987, p. E8
- (19) Lucien Febvre, *Combates por la Historia*, 4a ed. (Barcelona: 1975), p. 56
- (20) Véase, principalmente, su obra *La Miseria del Historicismo*, 3a.ed. (Madrid: 1984)
- (21) Gonzalo Rojas, "Investigaciones sobre Chile, 1970 - 1979", en *Boletín de Investigaciones*, Año IX, Nos. 48 - 49, 1982
- (22) Sir Walter Raleigh, *History of the World*, citado en Schlesinger, op.cit., p. 341
- (23) Nuestro último Premio Nacional de Historia, Sergio Villalobos, subraya en una reciente entrevista: "La Academia de la Historia, desde sus inicios, ha sido un organismo marcado ideológicamente, y por esa razón nunca me conformaba". (*Artes y Letras, El Mercurio*, 6.12.1992, p. E12). Es imposible negar que el apasionado hispanismo de Jaime Eyzaguirre dejó una impronta en la labor de la Academia; sin embargo, la ideologización política ha sido muchísimo más fuerte en los departamentos e institutos universitarios de historia y ciencias sociales. Para un ejemplo reciente, véase M.A. Garretón, "Las Ciencias Sociales en Chile al Inicio de los 80", FLACSO, Documento de Trabajo N° 113, 1981.
- (24) Cristián Gazmuri ha estudiado críticamente este tema en "La historia de Chile republicano, ¿una decadencia?" *Alternativas* (N° especial), junio 1984, pp. 106-155
- (25) Francisco Antonio Encina, Introducción a la obra de Gonzalo Bulnes, *La Guerra del Pacífico* (Santiago: 1955), T.I, p.5
- (26) J.Fernandois es el autor de *Chile y el Mundo, 1970 - 1973* (Santiago: 1985); las citas de Góngora corresponden a la introducción de su libro sobre el Estado en Chile, editado por primera vez en 1981 y reimpresso por Ed.Universitaria en 1986.
- (27) He tenido a la vista las siguientes bibliografías sobre historiografía chilena: Baldomero Estrada, "Tesis sobre Historia de Chile realizadas en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos", *Nueva Historia* (Londres), 1983; William F.Sater, "A Survey of Recent Chile - an Historiography, 1965 - 1976", *Latin American Research Review*, 14,2, 1979; Paul Drake, "El Impacto Académico de los Terremotos Políticos: Investigaciones de la Historia Chilena en Inglés, 1977-1983", *Alternativas*, 2, 1984
- (28) *El Mercurio*, "¿Del Período Ibáñez - Allende ...", op.cit., p. D11
- (29) Ricardo Krebs, Prólogo a la obra de Mariana Aylwin et.al., *Chile en el Siglo XX* (Santiago: s/a) pp. 7 - 8
- (30) Mario Letelier es el autor de "Posibilidades efectivas de innovación en la docencia universitaria chilena", *Estudios Sociales*, 74,4,1992, págs. 191 - 199. En su trabajo, Letelier reafirma la extrema dificultad de introducir innovaciones en los programas universitarios tradicionales.
- (31) A mi juicio, no existe en español una palabra que exprese adecuadamente el concepto de "role". Por esta razón, he optado por utilizar una versión hispanizada del término. Por "rol" entiendo el conjunto de conductas, valores y motivaciones que es pensado como una unidad de interacción social que cumple una determinada función que es considerada como adecuada en determinadas circunstancias. El concepto de "rol" implica que la sociedad comprende los propósitos y objetivos que le son propios y que es capaz de responder y de evaluarlos apropiadamente. (J.Ben David, *The Scientist's Role in Society* (Englewood Cliffs: 1971), pp. 16-17